

Juan Comas Camps *Esquema de una vida*

Juan HERNÁNDEZ MORA

El día 18 del pasado enero falleció en la ciudad de México el doctor Juan Comas Camps, investigador emérito de la Universidad Autónoma de la capital mexicana. Murió de manera repentina, en la propia Universidad, mientras se hallaba plenamente dedicado a su tarea científica. Se desplomó sobre su mesa de trabajo, en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, cuando le faltaban cinco días para cumplir sus setenta y nueve años de edad.

Nadie esperaba este fin en tal momento. Nada hacía presagiar la muerte de un hombre que, a pesar de sus años, demostraba a diario una extraordinaria vitalidad fecunda, de un hombre que se encontraba en envidiable forma, tanto en lo intelectual como en lo corporal. Su lucidez de mente y su agilidad muscular causaban una gran impresión.

Siempre fue un trabajador incansable, pero en las últimas semanas de su vida se excedía a sí mismo en cuanto a laboriosidad, a la forja de planes para el próximo futuro, al deseo de llevar a buen fin múltiples investigaciones comenzadas. Vivía en una sorprendente euforia, a la que habían venido a contribuir ciertos hechos.

En el mes de agosto del año último había sido objeto de un homenaje oficial y multitudinario, popular, en su ciudad natal, Alayor, en la isla de Menorca. La masiva demostración de afecto de su pueblo, orgulloso de que Juan Comas fuera alayorense, le había llegado al alma. Aceptó emocionado la declaración de Hijo Ilustre de la ciudad, con la que el Ayuntamiento quiso exaltarle, y la colocación de su retrato en el salón de sesiones de la Casa Consistorial.

En los días que precedieron a su óbito, esperaba gozoso el momento de tomar el avión que tenía que traerle de nuevo a España para ser

investido doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid.

Que no se entiendan mal estas palabras. Comas no fue nunca a la caza de honores y distinciones. Era hombre sencillo y austero, apartado de todas las pompas de la vida. Pero estos dos homenajes que he citado, el de su pueblo y el de la Universidad Complutense, venían a constituir para él, en la ancianidad, una compensación de altísimo precio que le resarcía de pasadas y viejas amarguras. Con tales hechos se cerraba en su patria de origen, y de una manera ciertamente feliz, el largo paréntesis de cuarenta años de exilio. La muerte ha venido a truncar, para el profesor Comas, esta felicidad tardía.

Al tributarle, en el ámbito universitario, el homenaje póstumo de una sesión necrológica, parece oportuno sintetizar, en unos pocos folios, una visión de lo que ha sido la vida de Juan Comas.

Nació, como queda dicho, en Alayor, el día 23 de enero del año 1900. Su nacimiento, en el seno de la familia que lo trajo al mundo, fue el primero de los condicionamientos de su vida. Conviene precisar este dato. Eran sus padres don Gabriel Comas y Ribas, maestro de escuela, mallorquín, con destino en Alayor, y doña Rita Camps Mus, mahonesa. Don Gabriel Comas supo orientar de una manera ejemplar a su hijo, que era el quinto fruto del matrimonio, nacido después de cuatro niñas. Hay que decir que don Gabriel era un maestro muy distinguido que, en los comienzos de este siglo, destacaba, sobre la mayoría de sus compañeros de profesión, por toda su actuación y por las ideas que difundió por escrito.

Alayor era un pueblo demasiado pequeño para sus aspiraciones de maestro y de padre de familia que tenía que dar estudios a sus cinco hijos. Y así fue que decidió solicitar un traslado a Palma de Mallorca, donde, por lo menos, podría hacerlos maestros a todos. Luego ya se vería lo que pudiera alcanzar.

Juan Comas tenía seis años cuando se lo llevaron de Menorca. En Palma, llegado el momento, ingresó en el Instituto —en el Instituto General y Técnico, como entonces se llamaba—, graduándose de bachiller en el año 1916. Se trataba de un bachillerato de seis años. Un maestro podía no ser bachiller, enseñando directamente en la Escuela Normal, donde tenía que estudiar durante cuatro años, no más, según el plan vigente, que era el de 1914. Pero don Gabriel Comas, como padre que veía claro el problema planteado, quiso hacer a su hijo bachiller no sólo para que tuviera una mayor cultura, sino también para abrirle otros caminos.

Un bachiller, en aquella época, podía hacerse maestro estudiando y aprobando en la Escuela Normal unas pocas asignaturas complementarias que, en el caso de Juan Comas, no eran más que las de Pedagogía, Historia de la Pedagogía y Música, toda vez que otras, también exigibles, ya las había cursado en el mismo Instituto. Para estos estu-

dios de tipo profesional, que hizo a conciencia, le bastó un año académico, y así a los diecisiete de su edad ya era maestro. Si no hubiera querido ser nada más, podía, desde aquel instante, empezar a preparar unas oposiciones a escuelas, esperando a tener la edad necesaria para hacerlas. Pero Comas era un muchacho de gran impulso y soñaba llegar bastante más arriba.

Hacía pocos años, en 1909, había sido creada en Madrid la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, que tenía por misión formar profesores de Escuelas Normales e inspectores de Enseñanza Primaria. Para entrar en esta Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, mediante un examen-oposición, era preciso ser maestro y, una vez dentro de la Escuela, los estudios, divididos en dos secciones, de Ciencias y Letras, duraban tres años. Cuando los acababan, los alumnos eran ya o profesores de Normal o inspectores. Para el joven Comas el panorama era verdaderamente tentador. Otro año de preparación le fue suficiente para alcanzar la nueva meta y en 1918 ingresaba en la Escuela, sección de Ciencias, con el número tres, número que conservó hasta el fin de la carrera.

Terminada ésta en 1921, a sus veintiún años de edad, podía escoger entre ir de profesor a una Escuela Normal, o ser inspector. Le gustó más de momento, ser inspector, y así empezó su vida profesional yendo a ejercer en la provincia de Gerona. Este era el comienzo de la primera parte de su vida, todo un veintenio dedicado profesionalmente a las Ciencias de la Educación. Pero los cimientos para la segunda parte, para la que podemos llamar su segunda vida, la definitiva, la que le ha dado fama internacional, la de antropólogo, ya estaban sólidamente puestos.

Juan Comas se los debía a la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, que no sólo preparaba de manera eficiente a sus alumnos, sino que les infundía un gran espíritu. Esta Escuela, como consecuencia de su alta significación, fue transformada, años adelante, en la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía de Letras de la Universidad de Madrid.

La Escuela, en su conjunto, formó a Comas como educador. Pero uno de sus profesores más eminentes, Luis de Hoyos Sainz, lo puso en camino de ser antropólogo y americanista. Cuando Comas llegó a la Escuela, Hoyos era hombre de cincuenta años y de vasto y bien ganado prestigio, fundado en su abundante producción bibliográfica, toda de carácter antropológico y con particular dedicación a los temas americanos. Hoyos Sainz y Comas Camps no fueron, una vez puestos el uno ante el otro, simplemente, un profesor y un alumno.

En todo centro de estudios universitarios o superiores, entre profesores y alumnos, se produce una doble selección. Un profesor de verdad, con categoría científica, busca entre sus alumnos, en principio indiferenciados, a aquellos que sean más aptos para incorporarlos a

su labor personal, que puedan ser el día de mañana continuadores de su obra. Los convierte en *discípulos*. Alumnos hay muchos; discípulos, poquísimos. Al contrario, un alumno de vivo espíritu, de verdadera vocación, entre todos los profesores que encuentra en el centro o en la Facultad en la que estudia, siente una particular atracción por uno de ellos, bien determinado, y lo elige como *maestro*, dispuesto a seguir su camino, a ser su continuador. En el caso que digo, esta doble selección se hizo y Hoyos Sainz y Comas Camps dejaron de ser, el uno para el otro, profesor y alumno para convertirse en *maestro* y *discípulo*, trabajando muchas veces en colaboración. Hoyos Sainz tuvo el mérito de marcar, de manera definitiva, el camino de la vida científica de Juan Comas, por más que esto no pudiera verse plenamente hasta muchos años más tarde.

Entre su primera formación como antropólogo y su dedicación por entero a la Antropología, hemos de situar, en la vida de Juan Comas, el largo período de su entrega a las Ciencias de la Educación, que abarca desde el año 1921 al 1940. A su primer destino como inspector de Enseñanza Primaria en la provincia de Gerona, siguieron otros dentro del mismo cometido. Estuvo en Santa Cruz de Tenerife, en Lugo y en Segovia, donde, en 1932, era ya inspector jefe. A fines de dicho año conseguía pasar a Madrid.

Simultáneamente a su labor como inspector, que siempre fue intensa, desplegó otras actividades. Ante todo siguió estudiando. Empezó y llevó adelante, en España, la carrera de Ciencias Naturales, que, tiempo después, terminaría en Ginebra, licenciándose en Ciencias Biológicas. Hizo salidas al extranjero. Fue a Francia y Bélgica para estudiar organización escolar y de la inspección. La benemérita Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas lo envió a Ginebra para que ampliara sus conocimientos sobre la enseñanza primaria y se especializara en estudios psicopedagógicos. La licenciatura en Biológicas la obtuvo allí en abril de 1930. Entraba en sus planes el llegar a ser antropólogo profesional y éste era un escalón necesario para alcanzar el doctorado en Ciencias Antropológicas.

No cabe en esta breve noticia el tratar de las publicaciones de Juan Comas como pedagogo, ni de sus traducciones en este campo del saber. Por excepción citaré un libro hecho en colaboración con su compañero Modesto Medina y titulado *Manual del inspector de Primera Enseñanza*, en el que los autores se elevaban por encima de sus cargos de inspectores de maestros para convertirse, en cierto modo, en maestros de inspectores.

Creo que interesa más fijar la atención, para seguir el proceso formativo de Juan Comas, en el hecho de que en Ginebra encontró a su segundo gran maestro, el profesor Eugène Pittard, decano de la Facultad de Ciencias en la época en que Comas pasó allí dos cursos completos.

Cuando Comas llegó a Ginebra, Pittard era ya un verdadero jefe de escuela. Nacido en la propia Ginebra en 1867, contaba entonces sesenta y un años de edad y había alcanzado nombradía internacional en el cultivo de las ciencias antropológicas, no sin haberse dedicado también a otros temas científico-naturales. Sus libros gozaban de gran prestigio. Alguno de ellos era el fruto de una investigación de primera mano, como, por ejemplo, el titulado *Contribution à l'étude anthropologique des periples de la peninsule balkanique*. Algún otro era una sólida y luminosa síntesis, obra de conjunto, como *Les races et l'Histoire. Introduction ethnologique à l'Histoire*, éxito reciente, pues había aparecido en 1924 en París. Era uno de los primeros volúmenes de la magna *Bibliothèque de synthèse historique: L'évolution de l'humanité* que, bajo la magistral dirección de Henri Berr, se publicaba por aquellos años. De esta obra, años adelante, en 1959, publicaría el propio Comas, en México y bajo el solo título de *Las razas y la Historia* una traducción revisada y puesta al día, verdadero testimonio de devoción discipular.

Pittard encaminó a Comas, ya de manera decisiva, hacia la vocación definitiva y fundamental de su vida, la Antropología. Pittard influyó poderosamente en Comas desde su primer contacto y esta influencia fue en aumento hasta que se presentó la ocasión en la que el maestro llevó de la mano al discípulo en el tránsito a su segunda vida como intelectual. Me refiero al paso de Comas de pedagogo a antropólogo.

Pero, para llegar a esto, hay que saltar por encima del trágico período de nuestra guerra civil. En aquel trienio que abarca desde el 1936 al 1939, el Ministerio de Instrucción Pública del Gobierno de Madrid, trasladado sucesivamente a Valencia y Barcelona, hubo de llevar a cabo una labor enorme, impuesta por las circunstancias, y, para realizarla, buscó los colaboradores mejores y de mayor confianza. En primera fila, entre otros colaboradores de excepción, se encontró, desde el primer momento, el inspector Juan Comas, que quedó a las inmediatas órdenes de la Dirección General de Enseñanza Primaria para el cumplimiento de misiones especiales.

Estas fueron muchas, ejecutadas unas dentro de España y otras en el extranjero, siempre con eficacia y con el beneplácito de los altos organismos ministeriales. Así acabó por ser secretario general de la Dirección General de Enseñanza Primaria y entró en funciones de director general, para pasar, por fin, al Ministerio de Estado, que es hoy el de Asuntos Exteriores, como agregado primero del de Instrucción Pública en la Subsecretaría de Propaganda, creada dentro del Ministerio de Estado. Aquel capítulo de la historia de España terminó como todos sabemos.

A comienzos de 1939, Juan Comas, al igual que otros muchos españoles —¡millares y millares de españoles!—, hubo de marchar al exilio. El mismo ha contado que el día 9 de febrero de aquel año pasó la

frontera sin más que lo que llevaba puesto y lo que cabía en la mochila. Era una perspectiva bien triste. Aquello era dar por acabada una vida para ir a comenzar otra muy diferente y, en tales horas, totalmente incierta. Juan Comas formaba parte del éxodo que pronto iba a convertirse en una auténtica diáspora hispánica, diáspora de un marcado tono intelectual. Y Comas, el inspector Comas, el profesor Comas, según desde entonces tendría que ser llamado, encontraría en México una nueva patria y comenzaría allí una segunda vida, científicamente mucho más provechosa que en España, que para siempre había dejado.

Mas para que esto fuera posible, quedaba todavía algo por hacer. Lo primero de todo era volver a Ginebra, ponerse en contacto con su maestro Pittard y acabar el doctorado en Antropología. Con esta finalidad, tenía que seguir un par de cursos especializados, para los cuales bastaba un semestre, y presentar la correspondiente tesis. En julio del mismo año 1939 los cursos estaban hechos y la tesis en plena elaboración. Su tema era una *Contribution à l'étude du métropisme*.

Cuando le extendieron el título de doctor en Ciencias Antropológicas era en el mes de junio de 1942. Comas se encontraba ya en México desde hacía mucho tiempo. No teniendo obligación de residir en Ginebra mientras avanzaba en la investigación propia de su tesis, había partido hacia América, donde completaría su formación como antropólogo con una especialización como americanista, como indigenista, estudioso de los pueblos americanos con los cuales iba a convivir.

Esta especialización exigía, primeramente, durante el período de iniciación, un nuevo maestro de gran autoridad en la citada disciplina. Lo encontró en la persona, nimbada de prestigio, del doctor Manuel Gamio, hombre de ciencia y luchador en defensa de los pueblos indígenas americanos, discriminados y marginados. Juan Comas fue un dignísimo discípulo de tal maestro y toda la vida ha seguido su noble ejemplo, desde el punto en que, a sus cuarenta años de edad, él mismo era también considerado un maestro.

El proceso formativo de un científico es lento y en él se encuentran, normalmente, sucesivas y variadas influencias. En este caso del doctor Comas hemos visto cómo se produjo la magistral concurrencia de tres antropólogos ejemplares: Luis de Hoyos Sainz, Eugène Pittard y Manuel Gamio, que marcan, en sus enseñanzas, tres etapas formativas, en Madrid, en Ginebra y en México.

En México, desde el año 1940, Juan Comas ya es un maestro más. Pero un maestro que ha sabido guardar siempre veneración a los maestros que contribuyeron a formarlo como tal. Y de la misma manera que había testimoniado su devoción, en escritos dedicados a Hoyos Sainz y a Pittard, hace pocos años, en 1975, compuso una *Antología* de Manuel Gamio con lo más selecto de sus obras y con un estudio preliminar modélico.

En esta segunda vida de Juan Comas, conclusa, por desgracia el 18 de enero último, su actividad de investigador ha sido prodigiosa. Dejando aparte sus libros de mayor empuje y otros de divulgación, para el gran público, resulta que sus trabajos monográficos, en los que dilucida problemas concretos, puntos parciales de la ciencia antropológica, forman una lista de un centenar y medio de títulos.

Para que esto sea posible, ¿cómo se ha desarrollado la existencia en México? Al llegar, fue, por poco tiempo, profesor de la Escuela Normal de Maestros de Pachuca. Inmediatamente, entró, como antropólogo físico, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y, ya en el año 1941, fue nombrado profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Esta cátedra la conservó hasta el 1959, en que la dejó por discrepancia con algunos criterios de carácter científico y docente que allí se seguían y que él no podía admitir. Los alumnos, en masa, estuvieron a su lado y le testimoniaron una adhesión emocionante, pero el profesor Comas no quiso autorizar con su presencia cosas de orden técnico que no le parecían bien y abandonó aquella Escuela, ya que no podía mejorar, como soñaba y quería, su plan de estudios.

A la vez que tenía la mencionada cátedra, era colaborador técnico del Instituto Indigenista Interamericano y, sucesivamente, profesor de la Escuela Normal Superior y del doctorado de Pedagogía, profesor de la Universidad de Nuevo León y, al fin, investigador titular de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde 1955, adscrito a la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas, exaltado a la categoría de Investigador Emérito en 1975.

Comas, como profesional, como científico del hombre, ha luchado siempre, de una manera ejemplar, contra toda clase de discriminación y de humillación de grupos diversos de la especie humana, predicando la noble idea de que no hay pueblos inferiores a los que se pueda despreciar, sino, solamente, grupos humanos atrasados, a los que hay que ayudar a elevarse y a dignificarse.

De los libros del profesor Comas entiendo que no debo decir nada aquí. Creo que es tarea que compete a los antropólogos de gran autoridad que intrevienen en esta sesión necrológica. Séame permitido, no obstante, apuntar unos pocos datos. Su *Manual de Antropología Física* es una obra que se ha hecho clásica. Publicada en 1957, ha sido reeditada un par de veces y traducida al inglés y se utiliza en numerosas universidades como libro de estudio. Otro manual universitario de Comas es la *Introducción a la Prehistoria General*, de 1962, y también reeditada. Asimismo, hay que citar, dentro de este tipo de libros, su *Antropología de los pueblos iberoamericanos*.

Comas no sólo ha trabajado por su cuenta, sino que se ha esforzado en preparar el trabajo futuro de los demás. A este fin tiende un importante grupo de sus obras. Baste citar sus títulos. Son éstos:

Bibliografía morfológica humana de América del Sur, que prologó elogiosamente el doctor Gamio; *Bibliografía selectiva de las culturas indígenas de América*, *Historia y bibliografía de los Congresos Internacionales de Ciencias Antropológicas* y *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo histórico-crítico y bibliográfico*.

Citaré, para terminar, los *Anales de Antropología*, prestigiosa revista por él fundada en 1964 y dirigida personalmente hasta poco antes de su muerte.

Este menorquín universal que era Juan Comas Camps no ha podido venir a Madrid a recibir la investidura de doctor *honoris causa*. Tenía ya otros dos doctorados de esta categoría que le habían sido concedidos por las Universidades del Cuzco y de San Marcos de Lima. Pero el otorgado por la Complutense tenía para él, como coronamiento de su vida, que queda tan rápidamente esbozada, un significado único entrañable. La muerte no le ha permitido alcanzar semejante ilusión.

Juan Comas se nos ha ido, pero su presencia permanece viva entre nosotros. Sus compañeros, sus discípulos, sus amigos, rendimos un tributo de respeto y de cariño a su memoria.